

MTRO. TADEO AGUSTÍN LOZANO MORENO

En mi experiencia como docente de segundo grado, he visto la importancia de que los estudiantes no solo reciban retroalimentación por parte del maestro, sino que también sean capaces de evaluarse a sí mismos y a sus compañeros. Esto les da una mayor comprensión de su propio aprendizaje y los hace más conscientes de sus fortalezas y áreas a mejorar. Uno de los enfoques que más me ha ayudado en este sentido es la coevaluación. Implementarla en mis clases me ha permitido fomentar la autonomía de los niños y, a la vez, cultivar un sentido de responsabilidad en su aprendizaje.

Durante las actividades en grupo, como proyectos de investigación o presentaciones orales, he integrado la coevaluación para que los alumnos tengan la oportunidad de analizar tanto su trabajo como el de sus compañeros. Por ejemplo, hace poco llevamos a cabo una serie de presentaciones en las que cada grupo debía exponer un tema que habíamos trabajado en clase. Antes de iniciar, les proporcioné una rúbrica con criterios claros para evaluar aspectos como la claridad de la exposición, el uso de materiales de apoyo y el trabajo en equipo. Esta rúbrica fue clave para que supieran qué esperar y cómo realizar la evaluación de manera justa y objetiva.

Al finalizar las exposiciones, los alumnos no solo recibieron mi retroalimentación, sino que también participaron en un proceso de coevaluación. Cada grupo se evaluó a sí mismo y a sus compañeros, destacando los puntos fuertes y sugiriendo áreas de mejora. Esta práctica les ayudó a ser más críticos y a tomar conciencia de su propio desempeño, algo que considero fundamental para su crecimiento académico y personal.

Pero para que este proceso de coevaluación realmente sea efectivo, es vital rescatar las experiencias y aprendizajes de los alumnos al final de cada ejercicio. En otras palabras, no basta con que se evalúen entre ellos, sino que es necesario guiarlos para que reflexionen sobre lo que aprendieron y cómo pueden mejorar. Aquí es donde he encontrado muy útil la aplicación de la Escalera de la Metacognición.

La Escalera de la Metacognición es una herramienta que suelo utilizar al final de las actividades de coevaluación, y ha sido muy efectiva con mis alumnos de segundo grado. Esta escalera les permite reflexionar de manera estructurada sobre su propio proceso de aprendizaje. Les ayuda a entender no solo qué aprendieron, sino cómo lo hicieron y qué dificultades enfrentaron en el camino.

Generalmente, los guío paso a paso por cada uno de los peldaños de la escalera. El primer paso es preguntarles: “**¿Qué he aprendido?**”. Aquí, los alumnos identifican los contenidos o habilidades que adquirieron durante la actividad. Me he dado cuenta de que cuando reflexionan sobre esto, se sienten más seguros de su aprendizaje y más motivados para continuar.

Luego les hago reflexionar sobre el “**¿Cómo lo he aprendido?**”. Este es un punto crucial porque los ayuda a identificar las estrategias que utilizaron para completar la tarea, ya sea la investigación, el trabajo en equipo o la organización de sus ideas. Es interesante ver cómo

ellos mismos comienzan a darse cuenta de que hay maneras más efectivas de abordar sus actividades.

El siguiente paso es “**¿Qué dificultades he enfrentado?**”. Este punto les permite ser conscientes de los obstáculos que encontraron, algo que, a veces, puede pasar desapercibido para ellos si no lo analizamos. Ya sea que tuvieron problemas para organizarse o se sintieron nerviosos al hablar en público, esta reflexión les ayuda a ver que las dificultades son parte natural del proceso de aprendizaje.

Después, les pregunto “**¿Cómo las he superado?**”, para que piensen en las soluciones que aplicaron para seguir adelante. Es increíble ver cómo algunos alumnos empiezan a notar que, aunque algo les resultó complicado, lograron salir adelante con esfuerzo o con la ayuda de sus compañeros. Este reconocimiento de sus propios recursos y estrategias es fundamental para que sigan confiando en sus habilidades.

Finalmente, el último peldaño es “**¿Cómo puedo mejorar?**”. Aquí es donde todo el proceso de reflexión se cierra, ya que los estudiantes identifican cómo podrían hacerlo mejor la próxima vez. Este paso es clave para fomentar la autorregulación y el aprendizaje autónomo, ya que ellos mismos se proponen maneras de seguir mejorando, sin necesidad de que el maestro les diga qué hacer.

Al implementar la Escalera de la Metacognición en mis clases, he visto cómo mis alumnos desarrollan una mayor conciencia de su proceso de aprendizaje. Ya no se trata solo de que yo les diga qué hicieron bien o mal, sino de que ellos mismos sean capaces de reflexionar y darse cuenta de su progreso. Esto también fortalece el ambiente colaborativo del salón, ya que aprenden a dar y recibir retroalimentación de manera respetuosa y constructiva.

Una de las grandes ventajas de trabajar con la Escalera de la Metacognición en segundo grado es que los estudiantes empiezan a ver el aprendizaje como un proceso continuo, en el que los errores son oportunidades para mejorar. Me ha sorprendido cómo, después de algunos ejercicios, ellos mismos comienzan a utilizar este lenguaje metacognitivo sin que yo se los recuerde, señalando sus avances y buscando soluciones de manera más independiente.

En conclusión, integrar la coevaluación y la Escalera de la Metacognición en mis clases ha sido una estrategia sumamente enriquecedora. Los alumnos no solo han mejorado en su capacidad para evaluar su propio trabajo y el de sus compañeros, sino que también han desarrollado habilidades de reflexión crítica y de autorregulación, que les serán útiles no solo en el ámbito académico, sino a lo largo de su vida. La retroalimentación ya no es solo un proceso en el que el maestro tiene la última palabra, sino una herramienta compartida por toda la comunidad de aprendizaje en el aula.